

# Carta a la revista *Encuentro de la cultura cubana*

---

*Emilio Ichikawa*

En su novela *El siglo de las luces*, el escritor Alejo Carpentier deja constancia de algo que podemos llamar «estado de ánimo» de la historia. También J. Huizinga descubrió formas históricas de alegrarse, entristecerse y hasta enfermarse; fue esa convicción teórica, avalada por una minuciosa investigación, quien le hizo afirmar que la Edad Media tardía era histórica. Yo agregaría que el capitalismo es esquizofrénico y las revoluciones paranoicas; pero esto no debe tomarse al pie de la letra.

Lo que consta es que en su novela epónima Carpentier desliza una frase ejemplar que refiero con la licencia de quien cita de memoria en el embrujo de un cayo del sur: «Hubo un instante, que no puedo precisar, en que se produjo un trueque de almas».

Con las diferencias que amerita el caso, he podido percibir en algunos textos polémicos que últimamente han circulado acerca del quehacer intelectual cubano, la referencia a una metamorfosis tan discreta e inasible como la apuntada por el gran novelista cubano.

En una entrevista concedida a la revista *Revolución y cultura* (No.4, 2000) el tertuliano y maestro Aurelio Alonso (soy fruto, entre otras cosas, de magisterios muy poco convincentes), después de hacer una lista impía de lo que llama «una nueva ola de pensamiento contrarrevolucionario» (que considera, sin embargo, «muy interesante»), apunta respecto a la revista *Encuentro de la cultura cubana* que «es una nueva amalgama, que hace que dicha revista sea algo distinto de lo que supuestamente se propuso en un principio». Por su parte el escritor Lisandro Otero, en una carta al director de esa revista fechada emblemáticamente el 26 de julio de este año en México, afirma: «Jesús, cuando surgió la revista *Encuentro* la saludé como un evento que venía a refrescar el panorama de las publicaciones culturales cubanas. Me pareció que tenía un importante papel que cumplir al intentar la conciliación del exilio cubano y de quienes residen en la isla, tanto en la creación artística como en la reflexión ideológica». Y termina con un obituario paternalista: «Lamento que *Encuentro* muestre una tendencia a sumarse a la empresa del ultraje y comience a abandonar el perfil mantenido hasta ahora». (*Encuentro*. No.18, 2000, p. 186)

En un reciente número de la revista *Temas* el respetado profesor y mejor amigo Guillermo Rodríguez Rivera descolocó a casi todo el mundo con unas

meditaciones expiatorias de las que destaco el siguiente pasaje: «He colaborado en *Encuentro*... desde su aparición y sigo haciéndolo, a pesar de que la revista es cada vez más, otra publicación del exilio cubano —mucho mejor que la mayoría, es verdad—, pero no el proyecto que quiso ser en sus orígenes». (p.171)

Es decir, que tanto Alonso, como Otero y Rodríguez experimentan frente a la revista *Encuentro de la cultura cubana* algo semejante a lo que los personajes de la ficción narrativa de Carpentier sintieron respecto a la historia revolucionaria: un trueque de almas que no pueden precisar.

Aquí la especulación debe dar paso a la reflexión esclarecedora. Hay acumulados, hasta la altura de este diciembre del año 2000, dieciocho números de *Encuentro*. Bastaría que los replicantes precisaran el o los números a partir del cual comenzaron a experimentar la mutación respecto al programa inicial para que podamos concientizar el proceso.

A decir verdad, yo nunca escuché elogios a la revista por parte de los funcionarios culturales ni siquiera respecto al número primero; en el que cabe suponer, por lo que señalan, que aún el programa estaba virgen. Al contrario, se le criticó con intensidad y se trazó hasta una política editorial encaminada a fundar revistas que contrarrestaran su efecto unificador. He conocido otros proyectos de publicaciones conjuntas, con escritores dentro y fuera, *in-out*, pero todos, a diferencia de *Encuentro*, recomiendan determinados temas y ponen los consabidos límites (más allá de los límites en que poner límites es adecuado). Por ejemplo, ¿por qué un antologador pide que los textos que se envíen para determinada edición no contengan alusiones al Comandante en Jefe? Claro que no es solo para protegerse del tema imposible, todo el mundo sabe que de «Él» es mejor no hablar, ni siquiera a favor. Lo que quiere el antologador, convencido de que su mensaje será revisado por los censores culturales, es que sepan que él pone condiciones «revolucionarias» al encuentro de los creadores cubanos. Llegado el momento, pondré ejemplos si es necesario.

Que yo conozca, ha sido Julio Girona el único que, después de publicar sus dibujos en *Encuentro*, se retractó públicamente de haberlo hecho. Desde el principio también la criticó Abel Prieto, Carlos Martí, Omar González y otros funcionarios que son sencillamente «rivales», contendientes; no apóstatas. Que es, infelizmente, lo que ha dicho Raúl Castro de algunos intelectuales cubanos. No hay cambio de la revista *Encuentro*, lo que hay es un cambio de circunstancia en la política cubana en el sentido del endurecimiento, del extremismo, en fin, de la objeción al diálogo, que cambia la percepción que dentro de la isla algunos intelectuales tienen de la revista *Encuentro*. Al establecer «etapas» en la trayectoria de la revista, una «buena» y otra «mala», los autores están por lo menos legitimando tres cuestiones:

1. Justifican la participación en la publicación o la relación pública con algunos de sus promotores hasta un momento de mayor inconveniencia; ante el recrudecimiento ideologista actual tienen esta coartada: «En la etapa buena yo participaba y les hablaba, hasta cenaba y hacía tratos, pero ahora no porque trocaron el alma».

2. Inducen a algunos colaboradores a sentir culpa, y de paso sugieren el arrepentimiento a los promotores de la publicación. Otra suerte de paternalismo: «se traicionaron a ustedes mismos».

3. Y lo más peligroso: dejan abierta la posibilidad de que a partir de este momento, después que han advertido que la revista ha cambiado hacia «la contrarrevolución», se haga legítima, por fin, la represión directa de quienes deciden seguir colaborando con ella. Cosa esta que, salvo el escritor Luis Suardíaz, nadie había propuesto en los círculos de escritores y artistas cubanos. Ni siquiera el Ministro de Cultura, a quien se sabe este proyecto irrita mucho más allá de lo que puede justificar una diferencia ideológica.

La lógica del razonamiento de Alonso, Otero y Rodríguez es la misma que la de aquellos que se encargaron de censurar otras revistas en algún momento de su aparición; en el instante, supongo, en que trocaron el alma: *Credo* (Instituto Superior de Arte), *Proposiciones* (Fundación Pablo Milanes), *Memorias de la postguerra* (Tania Bruguera) y otras. Resulta curioso que lo mismo que se le objetó una vez a la revista *Pensamiento crítico* para justificar su clausura, sea lo que hoy le objetan estos tres polemistas a *Encuentro*: «iba bien, pero ahora va mal». Y esto es lo más doloroso de la cotidianidad política de la cultura cubana: llegado el caso, de tener oportunidad, muchas víctimas de la censura accederían a convertirse en censores; tal vez, si estuviera a su alcance, si *Encuentro* se editara dentro de Cuba, hubiera debutado una nueva generación (¿tercera, Alonso?) de victimarios.

De hecho, aun trabajando fuera de la isla, uno no está totalmente protegido contra los censores culturales. Doy fe de que incluso acá siguen presionando e interfiriendo nuestra participación en eventos universitarios, en coloquios culturales y en algunas publicaciones, en fin, en la marcha de nuestras vidas.